

Reg 730  
BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

# LA ESPAÑA ORIENTAL

REVISTA DE CIENCIAS, ADMINISTRACIÓN, LITERATURA  
ARTES É INTERESES PREFERENTES DE FILIPINAS

Se publica los dias 10, 20 y último de cada mes.

## LISTA de los Sres. Redactores y Colaboradores.

- |   |  |
|---|--|
| ATAYDE (Juan).                                  | MANZANEQUE (Fausto).                           |
| BLUMENTRITT (Ferdinand).— <i>Leimeritz.</i>     | MERCET (Ricardo G.).                           |
| CÁRAVES (Tomás).                                | MERINO PIERRAT (Miguel).— <i>Burias.</i>       |
| COTARELO (Arturo).— <i>Madrid.</i>              | MILLÁN (Camilo).— <i>Laoag.</i>                |
| DEL-PAN (Rafael).                               | MONTERO (Juan).                                |
| DRASCHE (Richard).— <i>Viena.</i>               | PRIETO Y VILLARREAL (Emilio).— <i>Madrid.</i>  |
| ESPIÑA (Miguel A.).                             | PUERTA Y VIZCAÍNO (Juan de la).— <i>Paris.</i> |
| FERNÁNDEZ GINER (Manuel).— <i>Madrid.</i>       | "QUIOQUIAP".— <i>Nueva Cáceres.</i>            |
| FRAGOSO (Ricardo).                              | RETANA (Wenceslao E.).                         |
| "GARCÍA DEL ESPINAR".                           | RIVADULLA (Eduardo).                           |
| GINER (Hermenegildo).— <i>Madrid.</i>           | ROBLEDO (Pedro).                               |
| HERAS (Carlos de las).                          | ROMERO Y B. DE AQUINO (Manuel).                |
| HERNÁNDEZ (Fidel).                              | ROSA (José de la).                             |
| JIMÉNEZ DE QUIRÓS (J. Carlos).                  | SÁNCHEZ ARROJO (Emilio).— <i>Madrid.</i>       |
| LACALLE Y SÁNCHEZ (José de).— <i>Zamboanga.</i> | VARONA (Cándido).— <i>Madrid.</i>              |
| LÓPEZ BREA (Casto).                             | VIANA (Gregorio).                              |
| MANERA (Eduardo).— <i>Madrid.</i>               |  |

SCHIEDNAGEL (Manuel).

Administrador:—D. Miguel Palomino,

á quien se dirigirá la correspondencia

ó al

Editor y Representante,—D. Manuel Ibarra,

Calle de Palacio, núm. 39,

donde está también la Redacción.

colorchecker CLASSIC

mm

calibrite





Reg 730  
HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

# LA ESPAÑA ORIENTAL

REVISTA DE CIENCIAS, ADMINISTRACIÓN, LITERATURA  
ARTES É INTERESES PREFERENTES DE FILIPINAS

Se publica los dias 10, 20 y último de cada mes.

## LISTA de los Sres. Redactores y Colaboradores.

ATAYDE (Juan).

BLUMENTRITT (Ferdinand).—*Leimeritz.*

CÁRAVES (Tomás).

COTARELO (Arturo).—*Madrid.*

DEL-PAN (Rafael).

DRASCHE (Richard).—*Viena.*

ESPINA (Miguel A.).

FERNÁNDEZ GINER (Manuel).—*Madrid.*

FRAGOSO (Ricardo).

“GARCÍA DEL ESPINAR”.

GINER (Hermenegildo).—*Madrid.*

HERAS (Carlos de las).

HERNÁNDEZ (Fidel).

JIMÉNEZ DE QUIRÓS (J. Carlos).

LACALLE Y SÁNCHEZ (José de).—*Zamboanga.*

LÓPEZ BREA (Casto).

MANERA (Eduardo).—*Madrid.*

MANZANEQUE (Fausto).

MERCET (Ricardo G.).

MERINO PIERRAT (Miguel).—*Burias.*

MILLÁN (Camilo).—*Laoag.*

MONTERO (Juan).

PRIETO Y VILLARREAL (Emilio).—*Madrid.*

PUERTA Y VIZCAÍNO (Juan de la).—*Paris.*

“QUIQUÍAP”.—*Nueva Cáceres.*

RETANA (Wenceslao E.).

RIVADULLA (Eduardo).

ROBLEDO (Pedro).

ROMERO Y B. DE AQUINO (Manuel).

ROSA (José de la).

SÁNCHEZ ARROJO (Emilio).—*Madrid.*

VARONA (Cándido).—*Madrid.*

VIANA (Gregorio).

SCHNEIDNAGEL (Manuel).

Administrador:—D. Miguel Palomino,

á quien se dirigirá la correspondencia

ó al

Editor y Representante,—D. Manuel Ibarra,

Calle de Palacio, núm. 39,

donde está también la Redacción.



# PRECIOS

## SUSCRIPCIÓN

En Filipinas, Península y Extranjero; por *un* mes, *medio peso*.

---

## ANUNCIOS.

	<u>Pesos.</u>	<u>Cént.</u>
Un <i>Cuadro</i> de la 3. <sup>a</sup> ó 4. <sup>a</sup> plana de la } cubierta; por un trimestre . . . . . }	1	25
Idem por un mes. . . . .	»	50

---

Preferentes (2.<sup>a</sup> 3.<sup>a</sup> Plana), ó de distinto tamaño, á precios convencionales.



# LA ESPAÑA ORIENTAL

REVISTA DE CIENCIAS,

ADMINISTRACIÓN, ARTES, LETRAS E INTERESES PREFERENTES DE FILIPINAS



AÑO I

MANILA, 10 DE ENERO, DE 1888.

NÚM. 1

## SUMARIO:

TEXTO:—*Nuestros propósitos*, por la Redacción;—*Crónica General*, por M. Scheidnagel;—*Los Temblores de tierra*, por Carlos de las Heras;—*La Administración pública en Filipinas*, por J. de la Rosa;—*Los Remontados*, por J. Atayde;—*El sabio y el mono*, por G. Viana;—*El día de Reyes*, por García del Espinar;—*Los puentes de grandes tramos*, por Juan Montero;—*Volar!*, por Quiquiap;—*Carta Canta*, por R. Mercet;—*Choleng*, por W. E. Retana;—*Las lágrimas* por J. de la Puerta Vizcaino;—*Casino Militar*, por S.;—*Mesa revuelta*, por la Redacción.  
FOLLETIN:—*El Indio Batangueño*, por W. E. Retana.

## NUESTROS PROPÓSITOS

ALGUIEN ha dicho que el periódico es el más rápido vehículo del pensamiento y el más eficaz propagador de toda idea nueva. Y así debe ser, pues que no hay actualmente población de mediana importancia en la cual no se publiquen uno ó más periódicos diarios; pero aparte de éstos, salen á la luz pública hoy en día, en casi todas las capitales donde palpita el espíritu del *modernismo*, otro linaje de publicaciones, periódicas también, apellidadas *Revistas*, que suelen tratar de ciencias, letras y artes, é intereses generales al propio tiempo, con la noble pretensión, muchas de ellas, de "instruir deleitando," cosa que la mayor parte de cuantas hemos conocido, consiguen con creces.

Nuestra Revista no aspira á ser una novedad absoluta en la prensa de esta Capital; pero creemos, y lo confesamos ingenuamente, que en la actualidad somos los únicos, por cuanto no vive hoy en Manila periódico alguno de la indole del nuestro.

Desde este momento, LA ESPAÑA ORIENTAL protesta que, para los fines á que se consagra, es ajena á toda tendencia política; únicamente inspira á sus Redactores un deseo vehementísimo de ser útiles á esta hermosa Provincia española, y, por consecuencia, su acendrado amor á la Madre Pátria, en cuyas aras todo sacrificio es insignificante, y menos el que nosotros hagamos, que habrá de ser modesto, dadas las facultades de cada uno de los que forman esta Redacción.

De algún tiempo al presente, la benéfica antorcha del Progreso ilumina—cada día con mayor intensidad—á este privilegiado país: por este motivo nada de extraño tiene que hoy nazca una nueva publicación periódica, cuyas aspiraciones pueden compendiarse en muy pocas palabras: difundir el progreso, inspirándonos en lo que queda dicho en el párrafo anterior.

Seguramente, no todos nosotros poseemos la virtud de ser escritores de distinguida nota; pero, en cambio, y dejando á un lado que ninguno es nuevo en el campo de la prensa, somos casi todos viejos en el país, del que tenemos no poca experiencia, circunstancia que viene á cohonestar, sin duda alguna, el defecto que apuntado queda.

Ni nuestro deseo, por una parte, ni la indole de nuestro periódico, por otra, nos permiten entablar po-

lémicas, enojosas casi siempre por el giro que suelen tomar: de ahí que esquivaremos toda discusión, á menos que ésta recaiga en asunto de grande trascendencia, y siempre que por nuestro adversario seamos tratados con la misma consideración que nosotros habremos de tratarle, en el supuesto de que tengamos que discutir alguna vez.

Giraremos, por lo tanto, en un círculo completamente independiente; pudiendo añadir, para terminar, que nunca la adulación moverá nuestra pluma: en las columnas de LA ESPAÑA ORIENTAL no cabrán jamás ni la alabanza sistemática ni el elogio servil.—En cuanto á juicios, *parcos y justos*; tal es nuestro lema.

LA REDACCIÓN

## CRÓNICA GENERAL

EXAMINADA la prensa de Europa que ha podido llegar á nuestras manos durante estos últimos días, extractamos tan solo lo que hemos considerado que pueda interesar principalmente á nuestros suscritores.

En el extranjero vemos que preocupa hoy preferentemente á las naciones que, por decirlo así, imprimen la vía por donde marcha la política social, el fundado temor de que la guerra, verdadero fantasma del negocio y movimiento de los capitales, rompa el equilibrio que sostiene el interés primordial de los mismos; interés de fabulosa cuantía, en lo que se refiere á las diferentes y grandes necesidades de cada país.

Reina en alto grado la desconfianza; se teme mucho lo que la cábala diplomática pueda producir al día siguiente de cualquier arreglo ó acuerdo; porque en sus constantes alteraciones, ya no ofrece la garantía segura de la paz; manteniendo el estado de fuerza preciso, con que cada cual, á costa de inmensos sacrificios, piensa que podrá defender su causa ó el ideal que sustentan sus aspiraciones nacionales, de cualquier género que sean. Los aprestos militares son hoy de tal magnitud, y tan costosos, que apenas es posible sostenerlos; se ansia cualquier solución que ponga término á los afanes, que paralizan la transacción universal del Comercio y de la Industria, que deben proporcionar á los pueblos, todo el jugo civilizador que sus entrañas encierran.

Así acontece desde hace algun tiempo, y muy especialmente en Alemania, Rusia y Francia.

Austria, olvidando acaso su eterna desgracia, confía en la *Triple alianza*: Italia quizás equivoca la senda que la tienen señalada su historia, su tradición y consejo de hombres tan eminentes, que la elevaron de nuevo á su antiguo prestigio, como el famoso Conde de Cavour; Inglaterra, envuelta en su grandioso poder marítimo, recela; Turquía desfallece, y las demás naciones de mayor ó menor importancia aguardan el acontecimiento trascendental, ó tempestad inesperada, que parece anunciar un horizonte obscuro y asáz brumoso.

Para confirmar lo que decimos, basta hacerse cargo de las noticias telegráficas que hacen referencia al



asunto: vémos por un lado que el Gobierno de Austria-Hungría vota la concesión de 20 millones de florines para preparativos de guerra; que el Emperador de Alemania reúne en importante conferencia al príncipe Guillermo, cuyas aficiones militares son bien conocidas, y á sus distinguidos Generales Molke y Schellendorff; que preocupan los alardes de concentración de tropas en Rusia; que el Jefe del Gabinete británico, Lord Salisbury, anuncia públicamente la necesidad de estar preparados y no confiar mucho en los manejos diplomáticos; y sí por otra parte tenemos en cuenta que el rey Juan de Abissinia parece que no se halla dispuesto á transigir con los italianos, como lo prueba el que reúne sus fuerzas para sostener la lucha; bien podemos decir que la paz se encuentra muy lejos de estar asegurada.

Entretanto, nuestra querida España, á quien escudan del peligro exterior su privilegiada situación geográfica, las altas montañas de su reducida frontera y el imponderable recuerdo del valor de sus hijos, asentada en el campo de la neutralidad, disfruta esperanzas legítimas de paz, y avanza y progresa mucho más de lo que algunos suponen, en pró del porvenir de nuestra Patria tan querida. No olvida al propio tiempo sus lejanas provincias del otro lado de los dilatados mares, y buena prueba son de ello, la reciente Exposición de Filipinas y los proyectos y reformas en que actualmente se ocupa el Gobierno, con respecto á estas hermosas islas.

¡Benditos sean los colores de esa bandera, bajo la cual se cobijan todos los que nacen, por fortuna suya, en las distintas comarcas de la tierra de Pelayo y de Cervantes!...

Refiriéndonos á otro género de actualidades, aparece que los médicos en París han declarado que Anberlin, autor del atentado contra Julio Ferry, no se halla en su cabal juicio; que Jean Después embarcó en Marsella para dirigirse á Saigón, y que Su Santidad León XIII ha recibido con la mayor expresión de cordialidad al Duque de Norfolk, enviado de la reina Victoria de Inglaterra.

Según noticias de Madrid, se ha abierto una importantísima información sobre la crisis agrícola, que de seguro será fecunda en buenos resultados, atendiendo al interés natural que ha promovido, y al levantado pensamiento que el asunto representa.

Sobre esta materia, ha publicado el distinguido escritor D. Jesús Pando y Valle un interesante libro que llama poderosamente la atención general.

Hay escasez de obras nuevas para los teatros, que ya se hallan todos abiertos, y como única novedad por ahora, se anuncia una producción de Echegaray que, cual dice *La Ilustración Nacional*, con referencia á tan eminente autor, hay que agradecerle, aparte del mérito de sus varias obras famosas, "la constancia con que viene contribuyendo en primera línea al sostenimiento y al esplendor del Teatro Español."

En cuanto á crónica de esta Capital, poco podríamos decir á nuestros lectores que merezca su atención y que no hayan manifestado ya los periódicos diarios.

Añadiremos, sin embargo, algunos, de cierto interés: Las diferentes fiestas, iluminaciones y velada en el Palacio Arzobispal, que se han celebrado con motivo del Jubileo del Papa León XIII, fueron realmente brillantes y dignas de la causa que las motivaba.

Con razón tributa la prensa manileña grandes elogios al discurso de nuestro respetable y querido amigo el Ilmo. Sr. D. José Fernández Giner, Presidente interino de la Real Audiencia de Manila.

El día 6 del corriente, el Excmo. Sr. Capitan General de las Islas, acompañado del General 2.º Cabo, Director de Administración Civil, las distinguidas familias de uno y otro, los ingenieros Sres. Borregón, G. Morón y algunos otros Sres., visitaron las celebradas canteras de Angono, en el vecino Distrito de Morong.

En dicha localidad presenciaron el efecto de diferentes barrenos y explosiones de pólvora y dinamita, unas verificadas con mecha graduada y otras por medio de conductor eléctrico; ensayos que respondieron al resultado apetecido.

Desde Angono hasta las Canteras hay establecido un pequeño trayecto de ferro-carril, de condiciones iguales á los que existen en las obras del Puerto, de esta Capital.

La comisión elegida para adquirir la espada de honor dedicada al bizarro Brigadier Arolas, ha delegado sus poderes para el objeto, en el distinguido Médico militar Sr. Torija, que embarca con destino á la Península en el próximo vapor Correo.

Por disposición del Gobierno de la Península se ha reducido el personal del Cuerpo de Carabineros de Filipinas, quedando la jefatura á cargo de un Comandante, en lugar del Teniente Coronel que la desempeñaba.

Cuando, en la noche del jueves último, presenciábamos desde el paseo de la Luneta, los ejercicios de luz eléctrica que se verificaban á bordo de un buque anclado en bahía y sentimos esa especie de irresistible pasión que engendra en el espíritu humano el conocimiento de cómo la inteligencia utiliza las fuerzas de la naturaleza; cuando en la prolongada y brillante faja triangular pudimos apreciar las variaciones admirables y mecánicas que dentro de la irradiación indagatoria revelan cuantos obstáculos aparecen en el extenso espacio iluminado, obedeciendo los múltiples efectos al foco motor, maravillosamente dispuesto por la voluntad de la ciencia, mostrarse y esclarecerse objetos y lugares recónditos que se ocultaban en la densa oscuridad de la noche, quebrando caprichosamente los rayos allí donde al previo cálculo convenía, no pudimos por menos de lamentarnos de lo poco que nos resta de vida, al pensar en lo que habrá de acontecer en el Planeta, de aquí á cien años.

Concluiremos diciendo con nuestro estimado colega *La Opinión*:

"Ya somos tributarios del 1888."

Y añadiendo, por nuestra parte, aquello del poeta:

"Pasan las horas,  
Pasan los días,  
Pasan los años,  
Pasa la vida."

MANUEL SCHEIDNAGEL.

## LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA EN FILIPINAS

### I

**H**AY muchos á los cuales no les basta el examen de un objeto cualquiera para quedar satisfechos: desean mas: saber el nombre del que lo hizo, con todas sus circunstancias personales; del propio modo, hay también quiénes no se contentan con ver de la Ciudad, sus murallas, sus edificios, sus vías de comunicación, sus paseos, jardines, instituciones, y cuanto Manila contiene; sino que desean además saber quién trajo esa civilización, quién dispuso todo aquello; los recursos, las necesidades; en menos palabras, el origen y marcha de su Administración.

Vamos á curiosear libros, notas y Memorias, y á apuntar algo de los orígenes y administración del país; que el periódico está llamado de vez en cuándo á recordar lo que pasó, base de relaciones y estudio de los tiempos que corren.

Legaspi es la representación más antigua del Gobierno en Filipinas: él trajo la Administración española al posesionarse, en 1565, de Cebú, en nombre del Rey de España.

El reyezuelo Tupas con toda su gente le rindió reconocimiento y ofreció pagar tributo.



Legaspi hace una ciudad en Cebú, la dá Ayuntamiento y sale el 15 de Abril de 1571 para la isla de Luzón; á su paso por Mindoro impone allí el tributo en especie; y se posesiona de Manila el 19 de Mayo de 1571, haciéndose reconocer como Gobernador y Capitán General, el 24 de Junio del mismo año.

Fundó con esta fecha la ciudad de Manila, el estado social; sentó los principios de organización y preparó el plan financiero, según las instrucciones que recibiera del Gobierno de S. M.

Verificó elecciones de Alcaldes y Regidores; creó el Ayuntamiento que había de representar á la ciudad; le bastaron algunos días para redactar sus Ordenanzas, y las entregó el 28 de Junio de 1571, día de la primera sesión que celebró aquel Cabildo presidido por el insigne Gobernador Legaspi.

En las Ordenanzas se leen las tendencias y fines del Gobierno, tales como procurar robustecer la agrupación, afianzar la seguridad personal, garantir los intereses y costumbres que nazcan del mayor grado de cultura y procurar relaciones y bienestar.

Legaspi pasó revista á los elementos que aquí encontró, y á los que trajo; comprendió que de ellos se iba á servir para la nueva civilización que iniciara, y los atrajo y armonizó. Esta fué su política.

En la instrucción de 28 de Agosto de 1569, se le prevenía, que nombrase oficiales que administrasen la Hacienda pública tanto del caudal que se llevó de Nueva España, como lo que después se hubiese recaudado perteneciente al Tesoro.

En efecto; con Legaspi vinieron D. Guido de Labezares, que fué nombrado Tesorero; D. Andrés Canchela, Contador y D. Andrés Mirandaula, Factor, los que con el nombre de Oficiales Reales se hicieron cargo de la Hacienda pública, al crearse el Gobierno de Manila.

Cuando falleció D. Guido de Labezares, Tesorero en propiedad, S. M. dispuso, en Real Cédula de 9 de Junio de 1584, que el Factor sirviese el cargo de Tesorero.

Quedaron, pues, reducidos á dos los Oficiales Reales, quienes mancomunadamente administraban y custodiaban los tributos y caudales.

En la instrucción de 9 de Agosto de 1589, dada al Gobernador D. Gómez Pérez Dasmariñas, se le prevenía que nombrase en lugar del oficio de Factor suprimido, un Proveedor de navíos para que éstos fuesen bien despachados.

Por virtud de Reales Cédulas de 23 y 24 de Mayo de 1578, el Contador y Tesorero prestaron fianzas por su responsabilidad en el juicio de cuentas.

Declaróse por Real Cédula de 14 de Junio de 1583, que la jurisdicción de los Oficiales Reales se extendiese en lo descubierta como en lo que se descubriera.

He aquí la fisonomía de la Administración Central.

Dividido el territorio en provincias, se confirió el Gobierno de las mismas á los Encomenderos, siguiendo las instrucciones que se dieron por el Gobierno, y en las que se preceptuaba que se diera título para registrarlas á los que las pacificaran.

Estos Jefes de provincias dependían del Gobierno Central con atribuciones generales, tanto en el orden militar como en el gubernativo, económico y de justicia.

Lo mismo que en América, se dió á los Gobernadores de provincias los títulos de Alcaldes y Corregidores y de Justicias mayores á aquellos que dentro de su circunscripción eran nombrados para que conociesen á prevención de ciertas causas.

En la parte militar tenían los Alcaldes el título de Capitanes á guerra.

Permitióseles comerciar, hasta que por Real Cédula de 3 de Octubre de 1844 se quitó esta facultad prohibiéndoseles definitivamente por Real Orden de 25 de Junio de 1847.

Así empezó la Administración provincial.

En la Real Cédula de 14 de Junio de 1583, se decía que los Oficiales Reales, para acudir á la cobranza de las rentas, tenían necesidad de nombrar personas en

algunos distritos, y se mandó por esto que se pusiese un Alcalde de pueblo que sirviese el cargo.

El alcalde de pueblo se llamó Gobernadorcillo, nombre que luego no gustó á las Autoridades, y motivo un espediente en que unos opinaron que se les titulase alcalde de indios, de naturales otros, y algunos que se les llamase Capitán, porque este nombre dan á dicha persona en los pueblos; pero el cambio del título no fué aprobado por S. M., y continuó con el de Gobernadorcillo.

El cargo era por sucesión, hasta el siglo XVII, en que empezaron á practicarse elecciones.

Para auxiliar á los Gobernadorcillos, se valieron de los *balangay* ó *barangay* ó sea de los *dattos*, Jefes de un grupo de familias que se componía de cien *cañianes* ó *sáopes* sobre los cuales tenía el cabeza ilimitada autoridad, institución que existía en el país antes que viniera la Administración española. El cargo fué en principio hereditario, y luego de nombramiento.

Este es el origen de los Agentes locales.

Hasta 1584 no se creó la Real Audiencia.

El primer Obispo, Fr. Domingo Salazar, pidió en 1581 su establecimiento: en Mayo de 1582 fué concedida su súplica: en 1584 se recibieron los rescriptos mandando erigir en Manila una Real Audiencia, Chancillería, igual á la de Lima y Méjico, la cual quedó establecida el 4 de Mayo de 1584.

En 1590 el Gobernador D. Gómez Pérez Dasmariñas, cerró el Tribunal fundándose en que las islas no estaban en estado de sostener el lustre de tan alto Centro.

Volvió el Obispo á instar por su establecimiento, y el 25 de Mayo de 1596 quedó el Tribunal restablecido.

Como la Audiencia Chancillería de Indias, tenía una Sala de Real Acuerdo para los asuntos consultivos de Gobierno y Administración, y se la confiaban muchos arreglos y comisiones de Administración pública, tales como el Ramo de diezmos prediales, tierras realengas; temporalidades, fondos de Agaña y otros.

Esta era la Administración consultiva.

El Real Acuerdo se suprimió, al crearse el Consejo de Administración en 1861.

Los ramos de la Administración pública, estaban todos confundidos en la Hacienda pública hasta que en 1847 se separaron los ramos de Gobierno, como diremos más adelante.

La Jefatura de la Administración Central en todos los Ramos estaba asumida en la persona del Gobernador Capitán General, que representaba y representa al Gobierno de la Nación.

La ciencia ha dividido el poder público en Gobierno, Administración y Justicia. No es nuestro objeto tratar de la última.

Al Ayuntamiento constituía en aquellos tiempos un centro de acción para todos los negocios públicos, con el ejercicio de la jurisdicción real ordinaria.

Los Alcaldes de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> elección eran los jueces de primera instancia, funciones que han perdido al cambiar el modo de ser de la Administración pública y de los pueblos, sin que la Corporación dejase de ser en esencia lo que es: representación de los vecinos en la circunscripción municipal con la administración de sus intereses locales.

El término municipal se extendía á cinco leguas en contorno y llegaba hasta el puerto de Cavite.

Crearonse en 1844 Alcaldes letrados, y perdieron los del Ayuntamiento la jurisdicción real ordinaria.

Por decreto de 23 de Julio de 1847, se dispuso que el Ayuntamiento entendiera en todo lo de policía, económico y gubernativo de la Ciudad y en los arrabales todo lo de alumbrado, abastos, pesas y medidas.

Por decreto de 1.<sup>o</sup> de Setiembre de 1859, se creó el Corregimiento y Gobierno civil de Manila. El Corregidor es Vice-Presidente del Ayuntamiento, por depender la corporación del Gobierno Superior; tiene iniciativa en los asuntos que le competen. Su término es la Ciudad y arrabales.

Por virtud de Real Orden de 30 de Marzo de 1870



caducó el privilegio de las cinco leguas de jurisdicción.

La conformación del Gobierno y de la Administración pública en aquellos comienzos, queda apuntada.

Su organización ha ido completándose, á la vez que venían producción y comercio, como veremos en artículos sucesivos.

J. DE LA ROSA.

## LOS TEMBLORES DE TIERRA

Suele observarse en las comarcas frecuentemente afectadas por alguno de esos fenómenos que constituyen un peligro para la propiedad y aun para la vida de los hombres, el más extraño indiferentismo, hacia las causas productoras de aquéllos; y, pasado el mal, se olvidan más de la cuenta, sus efectos y las precauciones necesarias para atenuarlos.

Los sabios, donde los hay, se ocupan del hecho de actualidad, en luminosos informes que redactan con gran copia de términos técnicos y simbolismo científico, y el resto de las gentes, incapáz de tan fuerte alimento, sigue viviendo con el castigo por maestro á falta de modestos trabajos de vulgarización que si, dando la clave probable ó segura del fenómeno de que se trate, no evitan que se reproduzca; al menos, con las precauciones que aconsejan, contribuyen á reducir, de un modo racional, la escala de sus efectos, desterrando el perjudicial empirismo, al poner al alcance de todas las conclusiones y las hipótesis de la ciencia.

No es tan grande la pretensión que nos guía á desarrollar el tema de este artículo; pero, valgan por lo que valiesen, vamos á decir cuatro generalidades sobre las causas más admitidas y probables de los terremotos ó temblores de tierra (1) y á enunciar otras tantas reglas, aplicables á las construcciones expuestas á sus efectos.

Las más acreditadas teorías, sobre el origen de la tierra concuerdan en presentárnosla como un globo aislado en el espacio, que, habiendo sido líquido, por efecto de la enorme cantidad de calórico que poseía, empezó á enfriarse exteriormente, después de haber adquirido cierto achatamiento polar, efecto de la fuerza centrífuga, despertada por el rápido movimiento de rotación que le animaba. Esta forma, según demuestra la mecánica, es la teórica de equilibrio de un cuerpo líquido que gira en el vacío al rededor de un eje: algo así como una naranja, y lo que en geometría se conoce por un elipsóide.

Iniciado el enfriamiento, por la superficie, la corteza sólida que se produjo flotó, por su menor densidad, sobre los flúidos incandescentes del núcleo y en mil sucesivos cataclismos, debió romperse y agrietarse, á causa de su débil espesor, soldándose después los diversos fragmentos en formas irregulares, para dar origen á las primitivas alturas y depresiones.

Con la condensación de la gran masa de vapores que formaba la atmósfera de la tierra, empezó el movimiento de las aguas que, buscando su posición de equilibrio, descendieron por las pendientes á los puntos más bajos del terreno y después de depositar los substancias que arrastraban arrancadas de su cauce,—con lo que dió principio el trabajo sedimentario,—empezaron á filtrarse.

Al ponerse en contacto con las lavas incandescentes del subsuelo, suprimía el agua terribles expansiones. Bien conocidos son, por desgracia, los efectos de que es capaz una pequeña cantidad de este líquido, aprisionado en una caldera al tocar sus paredes, cuando están al rojo, como sucede si un depósito salino, que las aislaba del agua, se desprende de pronto: la completa vaporización es entonces inmediata y la caldera estalla inevitablemente.

(1) Son de uso común ambas locuciones para designar los fenómenos seísmicos: se emplea, erróneamente, una ú otra, según la fuerza ó intensidad que se desea atribuirles; por más que, en realidad, son sinónimas.

He aquí la causa más probable y que mejor explica muchos de los trastornos que ha suprido nuestro globo: al contacto del agua, en grandes cantidades, con el fuego central, se debe, casi de seguro, la aparición de las montañas, el levantamiento de islas existentes y de otras que se han desmoronado; las elevaciones del mar sobre las cortas, lo mismo que sus descensos anormales, sólo consistentes en que el terreno se eleva; la formación y actividad de los volcanes y, por último, los terremotos y temblores de tierra.

Es sabido que si á una substancia explosiva enterrada á cierta profundidad se la da fuego por un medio cualquiera, se produce al quemarse una cantidad tal de vapores que, por su expansión, conmueven y desagregan violentamente las tierras en una esfera cuyo radio es el de acción de la carga. Ahora bien; si la distancia de ésta al suelo es menor que aquél radio, la mina estallará dejando al descubierto lo que técnicamente se llama un embudo, esto es, un hueco en forma de cono invertido, cuyo vértice es el punto en que se colocó la carga y cuya base es la curva intersección de la superficie cónica del embudo con la del terreno.

Si la potencia de la carga no basta á producir estos efectos, los vapores que resultan de su explosión, absorbidos, digámoslo así por los pozos ó intersticios del terreno: se escapan conmoviendo y sin desagregarlo al exterior: se dice entonces que el hornillo ha dado humazo y sólo se advierten varias ondulaciones, análogas á las que produce una piedra cayendo en el agua; pero es tanta su velocidad, que más bien se manifiestan como un choque acompañado del ruido peculiar de estas explosiones y de algún escape de gases.

De igual modo; si una gran masa de aguas filtradas, ó recogidas por las dislocaciones del terreno cae sobre las lavas del interior, en transformación en vapores, será inmediata y tan enorme la presión de éstos, que conmoviendo fuertemente la corteza sólida superior, empujará las lavas á sus válvulas de seguridad naturales, que son los volcanes, por cuyo cráter saldrán mezcladas con los gases que las impulsan, hasta que se restablezca el equilibrio.

Si no hay volcanes próximos, ó si las fuerzas desarrolladas no bastan á elevar las lavas, siempre se producirá el primer efecto, con ondulaciones, más ó menos rápidas y extensas, del suelo; y los productos de la vaporización serán rechazados y devueltos al exterior, pasando á través de las capas del terreno, para adquirir la primitiva forma, pues se demuestra que, poco más ó menos, es constante la cantidad de agua que, en diversos estados, existe sobre la superficie de la tierra.

Se ha observado, en los países volcánicos, que los terremotos preceden á las erupciones, y suelen cesar cuando éstas se verifican. La del Vesubio, que sepultó á Herculano y Pompeya, se produjo después de muy violentos temblores, que arruinaron á aquellas ciudades: estos hechos apoyan elocuentemente cuanto hemos dicho respecto á la identidad de causa de los fenómenos seísmicos y volcánicos.

El desprendimiento de grandes cantidades de vapores acuosos, muchas veces cargados de sales marinas, en casi todas las erupciones, demuestra también la intervención del agua en dichos fenómenos. Algunos volcanes han arrojado inmensas cantidades de fango, entre ellos el Vesubio, en cuya comarca se tiene por señas de próxima erupción el descenso del agua en los pozos.

Otro de los hechos que confirman las hipótesis que sustentamos es, que suelen producirse los temblores con mucha más frecuencia en los países litorales que en los alejados del mar; y, en efecto, se comprende que en las costas debe de ser mayor la filtración, tanto por la proximidad de grandes masas de agua, cuanto por el menor espesor de la corteza terrestre.

No hay región alguna, ni aun las del fondo de los mares, y quizás éstas menos que otras, que esté libre de terremotos; porque su causa es universal. Se ha in-



tentado explicarla por circunstancias especiales del subsuelo, por reacciones químicas, por el derrumbamiento de grandes cavernas socavadas por las aguas subterráneas, y hasta por el choque de las grandes corrientes marítimas con las tierras; pero todas estas hipótesis caen por su base al considerar, por ejemplo, los levantamientos y depresiones que se han verificado afectando á muy extensas comarcas y la generalidad con que se hallan distribuidos los volcanes sobre la superficie de la tierra. Efectos de esta amplitud exigen causas generales y á pesar de las controversias sostenidas, vuelve hoy la ciencia á la hipótesis del núcleo central pastoso é incandescente, que se enfría con lentitud, respira y se sangra por los volcanes y sufre, como océano interior que es, terribles tormentas durante las cuales, azota con sus olas embravecidas la frágil corteza, de algunos kilómetros de espesor, que le aprisiona.

CARLOS DE LAS HERAS.

(Se continuará.)

## LOS REMONTADOS.

(Ideas de colonización)

### I

No vamos á tratar de esas razas aborígenes ó indeterminadas que en número desconocido pueblan los inexplorados montes del Archipiélago, donde no ha llegado todavía el brazo de la dominación ni la primera luz de la civilización, que aquí no ha tenido ni podrá tener otra forma de ser que la cristiana. Razas que bajan á las faldas de sus montañas y que conocemos con los nombres de *actas*, *bulagas*, *igorrotos*, etc., cuyas constituciones, costumbres y creencias, propias y salvajes, hemos llegado también á conocer.

Los *remontados* propiamente dichos,—que buscando la buena acepción del verbo, parece que significa subir más allá de lo que permite el monte ó venir de él para regresar de nuevo,—son los que, siendo relativamente civilizados, vuelven al estado

primitivo del salvajismo; los que, rompiendo con la vida civil y con las leyes, buscan la impunidad y la emancipación en la irracional libertad del hombre de la selva, ó agrupado con la tribu nómada: modos de ser deslindados perfectamente por la naturaleza y la dominación en Filipinas, entre el llano y la montaña.

De estos remontados, y no de los *monteses*, vamos á tratar, y á este propósito, diremos en primer término que el contingente de los mismos, lo constituyen criminales que han podido salvar la acción de la justicia, de agentes administrativos que *han podido distraer* los fondos de la Hacienda ó de sus amos particulares, de prófugos y desertores del Ejército y presidios, de dependientes que tienen cuenta ó castigo por alguna fechoría, ó de los que solamente quieren huir de travas, contribuciones, cargas y obligaciones y de la ley imperiosa del trabajo; gente *non sancta*, que más valiera que se fuesen para siempre, á que se asomasen de cuando en cuando con cara de *tulisanes*; pero nos son necesarios sus robustos brazos en campos desamparados; siendo lo triste que ellos no forman una pequeña acepción de la regla general, pues que en cada indio de *sementera* tenemos un remontado nato. Sin embargo de lo dicho, bien se nos alcanza, y lo lamentamos, que algunos desgraciados, se remontan contra su voluntad, huyendo de abusos ó exacciones indefendibles.

De estos salvajes de situación, ocultos en el alejamiento y el misterio, cuyos modo de ser, vida y costumbres no han descrito todavía las relaciones oficiales ni las páginas de los viajeros, vamos á hablar por deducción de algunos datos y suposiciones, para buscar el medio de atraerlos; pues bien merece atención ese respetable contingente, que, por desgracia, va de día en día engrosando. Y no nos alejaremos de los montes vecinos á la Capital y los de las provincias limítrofes á esta de Manila, en cuyas extensas cordilleras y divisorias están el núcleo, la razón y la posibilidad de su existencia.

Una noche-oscura—para poder ganar sin ser visto las estribaciones de Boso-boso ó las sierras de San Mateo,—bástale al asesino ó al ladrón para que quede impune á las pocas horas el crimen que haya cometido en el extenso radio de Capital.

En otro país y para otros hombres, sería peor el remedio que la enfermedad, como dice la frase vulgar, ó peor la salvación que el castigo.

En esos montes sombríos y solitarios, no hay fieras ni alimañas, ni inviernos que hielen la sangre á los hombres y la sabía á las plantas: allí se oye en todas partes murmurar el cristalino



arroyo; al alcance de la mano está todo el material para construir en una hora la choza que al indio alberga; con el *bolo*, arma de combate y herramienta de trabajo, se abre el camino obstruido por espeso follaje y enmarañado bejuco, se chapea el radio de la bocha; y en tierra férax y virgen, á los dos días se tienen mongos tiernos, á los quince las verduras del *qulay*, y antes de los dos meses la cosecha de maíz, que sin interrupción puede renovarse indefinidamente: entre tanto hay raíces y frutas silvestres para sostener la vida. No les faltará nunca la primera semilla, que piden á cualquier campesino que entre en el bosque á cortar leña ó en la choza más avanzada del país cultivado: porque el indio jamás niega lo que tiene al necesitado, bien sea éste un foragido desnudo ó el *tao* vestido con la camisa de presidiario.

Y así el interesado siembra, y marcha, y avanza hasta encontrar el sendero de otros remontados: entonces se ayudan mutuamente y se agrupan para formar la tribu nómada, fraccionándose al ser muy numerosa, para la más fácil movilidad y alejar el peligro. Nada pierde ni cambia el indio rural en esta vida errante, montaráz y sobria: con ellos van las mujeres; que la india, más ó menos fiel, sigue sumisa á todas partes al marido ó al *compañero*; y siempre buena madre, nunca abandona lejos de sí á sus hijos, de aquel y de otros, por muy numerosos que sean.

Los remontados tienen inmenso campo de existencia y operaciones en ese dédalo de montañas que, entendiéndose, abrazan y oprimen, como garras plutónicas, las provincias centrales, para escapar por el Norte á la Gran cordillera del Carballo, y por el Sur en las verticales é inexploradas costas del Pacífico y en los estrechos y canales de las islas inter-Visayas.

Allí no hay más que ellos, dueños absolutos y tranquilos en tan extensas comarcas; allí no hay razas aborígenes ni tribus monteses que les disputen el terreno y que exciten la guerra. Para una batida general se necesitaría un ejército y las parciales que se les dá de cuando en cuando, no pueden penetrar hasta ciertos parajes del interior.

Con estos hombres y esta orografía, ¿quién calculará el número que puede haber de remontados? Por algunas relaciones se sabe que en las alturas de S. Mateo, teniendo en jaque á los pueblos de la cuenca del Pásig, habrá unos quinientos de ellos, que viven y se desarrollan en pueblos errantes, encadenados tal vez con otros y otros, hasta los picos del Banajao por un extremo y los Carballos de Baler por otro, donde se han visto de esos ha-

bitantes; y de ellos nacen y se desarrollan seres, sin la idea siquiera del bautismo y sin más idolatría que las creencias de los *Anting-antines* y otras supersticiones.

Estas agrupaciones, en vida pacífica mientras más retirada, se irán creando necesidades sociales y cierto tráfico y comercio que obliguen á comunicarse con el exterior del mundo de las selvas, rompiendo la valla de su aislamiento: de ahí las caídas en los pueblos de las estribaciones, para robos vandálicos, sin que nos expliquemos qué hacen en los montes con ciertos efectos y con el dinero mismo, y por qué se presentan más ó menos vestidos y hasta disfrazados con trajes de guardias y cuadrilleros. Debe de haber indudablemente entre ellos y nosotros agentes intermedios, ... y chinos tiene el comercio ambulante que sabrán responder.

Y no solamente tenemos que lamentar los asaltos temibles de los *tulisanes* remontados, sino que excusadas con ellos, se reúnen esas cuadrillas disueltas de vecinos honrados hasta la noche de la *convivencia*, para caer con las caras tiznadas dando tiros y tajos en el pueblo limítrofe y encontrarse á la mañana siguiente en sus camas respectivas con el reparto de la rapiña debajo del *petate*. Si son sorprendidos y acorralados antes de la disolución reiterada, huyen al bosque batiéndose en retirada, para aumentar, fundiéndose, el número de remontados. Por estos se cumplen prometidas y compradas venganzas y se perpetran crímenes, para procesar impotentemente á autores perdidos en las sombras del misterio.

El disimulo, protección y complicidad criminal en los hacenderos y campesinos, que avecinados cerca de las montañas están en manos de los foragidos y desamparados de seguridad y fuerza no es extraño que existen formando para ellos un recinto ancho, neutral y un avanzado orden de vigilancia, por la ley de la necesidad y por la de la raza, natural y lógica.

No es posible, pues, seguir en peligro constante y sin completa seguridad material ni individual, amenazados por hordas sanguinarias que están á nuestro lado y tenemos encima, defendidos por la naturaleza virgen de las montañas y por sus condiciones selváticas; no es posible á nuestra dignidad nacional permitir en el centro de la dominación española comarcas independientes, así sean de montañas y espesuras. Preciso es ver cómo combatir, extirpar y remediar esto que podemos llamar cáncer de la dominación, y exclusivamente á este fin, irán nuestras ideas colonizadoras, que esplayaremos con tiempo y lugar en el siguiente artículo.—JUAN ATAYDE.

BIBLIOTECA DE «LA ESPAÑA ORIENTAL»

# EL INDIO BATANGUENO

ESTUDIO ETNOGRÁFICO

POR

WENCESLAO E. RETANA

2.<sup>a</sup> Edición, corregida.

MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFRE Y C.<sup>a</sup>

1888



## EL SABIO Y EL MONO

## FÁBULA

UN sabio compró un mono muy rabudo;  
 Lo peló, lo afeitó, le cortó el rabo,  
 Y, con cierto elixir, si no es camelo,  
 consiguió que su pelo  
 Se convirtiese en cutis transparente,  
 Y su antigua excrecencia  
 En el coxis usado entre la gente.  
 Con el aceite de bellotas pudo  
 Sembrar en su cabeza, al fin al cabo,  
 Una abundante y blonda cabellera,  
 Y ya, de esta manera,  
 cortándole en el frenillo hizo que hablase,  
 Y que, con elocuencia,  
 La vida de los monos le contase.  
 Le encargó del cuidado de su casa,  
 Lo vistió, lo instruyó, le dió carrera,  
 Y al poco tiempo aquel ingrato ex-mono,  
 Dándose mucho tono,  
 Se cargó con el santo y la limosna:  
 Vendió al sabio la quinta  
 Y luego le escribió, con mucha guasa:  
 "Adios, señor boquera;  
 Me voy con una mona que está en cinta."  
 .....  
 .....  
 ¿Por qué no pones coto á infamias tales,  
 Sociedad protectora de animales?...  
 —Pero no; bien mirado, ya me explico  
 Que de un mono no salga más que un mico.

G. VIANA.

*Manila, Diciembre 87.*

## EL DIA DE REYES

CUAJADOS los bazares de toda clase de juguetes, presentaban grupos tentadores por los cristales de sus escaparates. Reuníanse junto al jibado políchinela lleno de cascabeles, preciosas aldeanas de todos los países, sin que resultara de esta unión ninguna rivalidad nacional, y codeábanse democráticamente con aristocráticas señoras de enorme cola, de risadas y empolvadas pelucas, llenas de lazos y encajes; veíanse representaciones de los vistosos trajes Pompadur, hasta las sencillas elegancias impuestas por María Antonieta, y las ridiculeces de primeros de siglo, concluyendo por las modas que hoy imperan, con sus reminiscencias de tiempos pasados y todos sus molestos accesorios. Verdad es, que la indumentaria no quedaba muy bien parada; mas la confusión de tan encantador desorden tenía alelados á todos los niños que miraban el escaparate.

Así como los juguetes presentaban contraste en su diversidad, más aún que ellos, surgía de dos grupos pegados al cristal. Componíanlo dos niñas con sus respectivas madres; las unas, según sus trajes, muy ricas; muy pobres las otras. La niña rica tenía hermosos rizos rubios que se escapaban de su sombrero de terciopelo; los ojos muy azules, irradiaban con el placer que esperaba comparando lo que indecisamente escogía. Allí sólo había la expresión de la dicha retratada en sus pupilas que recorrían el escaparate de uno á otro lado, mirando de vez en cuándo á la madre en són de consulta. Esperaba ésta pacientemente la elección, y sonreía, mientras la niña pobre, de moreno, curtido, pero hermoso semblante, de abundante y resuelta cabellera, miraba aquellas preciosidades, con el ansia del imposible, con el encanto y el arrobamiento de una dicha que adoramos y no podemos poseer; como esos idea-

que ofrece incentivos á la equivocación. Sin salir de la provincia de Batangas, vemos que el espíritu emprendedor del taaleño no lo tiene el hijo de Lemery, á quien sólo un puente separa de su hermano —¿Se deberá esto al medio ambiente, mayor lucha con obstáculos naturales, ó acaso á vestigios de otra raza, como algunos observadores pretenden?—Si muchos naturales de Batangas descuellan por ciertos visos de ilustración y pedantería casi todos los de Lián se distinguen por su escasa educación y profunda humildad; el hijo de Bauang suele ser reflexivo y prudente, el de Balaván calculador y entrometido; si gran parte de los de Lipa se parecen por vestir con elegancia y lucir jovas; los de Túy van desastrosos y se encuentran así perfectamente.

Pero ¿á qué seguir, si saben de sobra muchos de nuestros lectores que el indio de Manila se parece muy poco al indio de provincias, el cual, por lo común, es tanto más puro, cuanto más apartado vive de la cabecera?

El indio filipino es la paradoja personificada: llueve, y se sale á la calle ó al *batalán* de su casa á recibir gozoso el agua que las nubes le envían; se le vé su desmedido afán por lavarse la piel; no obstante, vestido ya con ropas secas, le irrita una gota de agua que le caiga de un balcón. No es pulcro en su cocina, ni comiendo, ni en su traje, ni en su modo de vivir...

De puro curioso, peca las más veces de indiscreto; y sin embargo, es un ser indiferente á cierto linaje de asuntos verdaderamente dignos de despertar la humana curiosidad.



## Prólogo

SE cuenta que el P. Blanco, hombre dotado de raro entendimiento, como así mismo de un espíritu de observación superior á cuanto se diga, guardaba en uno de sus estantes un voluminoso libro en cuyo lomo leíanse solamente estas palabras: *El Indio*; el cual volumen jamás enseñó á nadie. Muerto el P. Blanco, gloria y prez de la provincia Agustiniana, varios fueron los curiosos que se precipitaron hacia el codiciado *presunto* manuscrito; y ¿cuál no sería el pasmo y la sorpresa de todos ellos, cuando, después de hojearlo desde el principio hasta el fin, no encontraron escrita ni una sola palabra?—El silencio, á veces, dice más que miles de discursos: el sabio Agustino dió á entender á los curiosos que el indígena de Filipinas es un ser indefinible, *un libro en blanco*.  
 Hace ya tiempo, cuando ni soñábamos siquiera



les que concebimos para no alcanzarlos nunca. Habrá en su muda contemplación como un poema de celos, de ideas nuevas para la desheredada, que solo conocía los rigores de la suerte; sentía palpar algo que no tenía nombre, una sensación distinta de aquellas que había sentido hasta entonces. No era el frío que había helado muchas veces sus huesos, ni el sol que había tostado su rostro, ni el hambre que le había hecho sentir dolores y torturas: era como la intuición de una injusticia, que había germinado en su cerebro con la prontitud del rayo que cruza en noche oscurísima el espacio.

Fijábanse sus negros ojos en una hermosa muñeca de larga cola, con su espléndida cabellera rizada y las manitas ocultas en elegante manguito; en aquella señora poderosísima, según la admiración que por ella sentía la muchacha.

Penetró resueltamente la niña rubia en el bazar, y graciosa, sonriente, alegre pasó sus manitas rosadas sobre la erguida dama que sonreía con sus mofletitos encarnados y relucientes.

Algo más poderoso que su voluntad arrastró á la pequeña mendiga detras de la rica y opulenta niña, y al ver en sus brazos aquella hermosa muñeca objeto de sus ansias, con expresión de pena, de celos, de envidiosa comparación, con voz de amargura, hija del dolor que había sentido en aquel momento; dolor que le hacía presentir el imposible sin juzgarlo, que comparaba sin saberlo, volvió los ojos á la pobre mujer que alargaba su mano pidiendo una limosna, y murmuró: —¡Madre!... ¡que hermosa!

Oyó aquel acento la pequeña rubia: volvió sus ojos azules hacia la desvalida y vió aquellos piecitos descalzos y amoratados por el frío, la saya agujereada, el corpiño destrozado, y las manos descuidadas y negras, el rostro hermoso, pero acusando la miseria que

tenía por herencia... y algo como una nube empañó sus pupilas azules y brillantes: expresión de pena se retrató en su semblante tan risueño y tan puro; igual idea que atenaceó á la pobre, allá en su fuero interno, mortificó el alma delicada de la rica, no se dió explicación de los contrastes; mas en su conciencia pura aletéo algún ángel murmurando palabras divinas, frases, preceptos, consejos, mandatos olvidados por los hombres, y compusamente comprendidos por la exquisita delicadeza de un alma celestial. Refugióse en las faldas de su madre, que sonreía mirándola, escapáronse dos lágrimas que rodaron lentamente por sus mejillas, y ocultando el rostro en el regazo querido, "¡Mamá, mamá!—dijo muy quedo—¡Qué pena!... ¡qué pena siento aquí!... ¡en el corazón!... ¿no ves, no ves?... ¡qué pobrecita! ¿No ves cómo me mira?... ¡No quiero muñeca, no!... ¡No quiero!... Déjame mamá, que le dé mi regalo de Reyes... ¡mamá mía!... ¿Por qué tengo yo tanto y ella nada?"

Contestóle la madre sólo con estrecho abrazo, harto conmovida por un reproche involuntario de su hija empujola suavemente hacia la mendiga como con sentimiento de su demanda y deposito ésta cuidadosamente; en los brazos de la pobre, que la miraba absorta, el tesoro codiciado.

Pasaron algunos segundos de penoso silencio, palpitando aquellos dos corazoncitos, con las impresiones más fuertes y encontradas. La rubia sonreía de nuevo, gozosa de su caridad; la morena, roja por la emoción, entreabría su boca sin encontrar una palabra. La niña, la tienda, el mundo, había desaparecido; sólo existía aquella muñeca inconcebiblemente hermosa, aquel tesoro de que era dueña, y ya, sin hambre, sin frío, sin tristeza, con expresión de loca, alegría, dijo casi temblando: ¡Madre! ¡qué hermosa!

—Sí, que hermosa! contestó la mujer con voz doliente, devuelve eso, es hija mía, ya la has visto... Las

con dar á la estampa trabajo alguno de la índole del presente, tuvimos ocasión de hojear á la ligera varios extensos manuscritos trazados por la mano de otros tantos Religiosos. Ya se nos fué de la memoria lo poco que pudimos leer en cada uno de aquéllos; no obstante, recordamos aún que en algunos había observaciones que no traían los restantes; mientras que por el contrario, éstos últimos contenían peregrinas páginas, cuyo contexto—fruto de la observación—agregado á los primeros, le hubieran dado mucha más novedad y colorido.

Las supersticiones, á la manera que las primitivas costumbres, nadie ignora que son tanto más acendradas, y prevalecen mayor numero de siglos, en un pueblo, cuanto más atrasado está ese pueblo y mayor sea su tendencia al aislamiento: el tiempo, el roce de gentes ilustradas, las luces de la Religión y de la enseñanza, etc., son grande parte para que los individuos se modifiquen notablemente, no sólo en sus ideas, hasta en su modo innato de ser, que es el que menos se presta á la variabilidad.—Y sin embargo, el ilustre Thiers consideraba más temibles los bárbaros de la civilización que los bárbaros de la barbarie. Los extremos se tocan.

En Filipinas, donde el espíritu de la moderna cultura está aún en pañales entre la mayoría de los hijos del pueblo, quienes, por otra parte, tiene mucho de *niños grandes*, según la frase de cierto señor inglés, evidentemente debe de ser, desde algunos puntos de vista, bastante limitado el número de originales caracteres; si bien, con-

siderados los indios psicológicamente, digámoslo así, éstos como los restantes pobladores del Universo, podrán tener algunas cualidades comunes, pero no muchas, y menos todas, como á quien asegura: eso de afirmar que todos los hombres de un pueblo, cualquiera que sea su origen, no son distintos, equivale á limitar el pensamiento, á poner travas al alma; las cuales pretensiones, y querer cojer el cielo con las manos, cosas son muy semejantes.

*Perfilar* una colectiva es trabajo de mucho menos mérito, y aún así, circunscrito el escritor á un reducido número de personas, habrá forzadamente de incurrir en crasísimos errores. Pues qué! ¿todos los individuos, bien que los una la misma Religión y las mismas ó muy parecidas costumbres, piensan, hacen y sienten lo mismo?

Muchos escritores, al decir: "voy á hacer una disquisición acerca de los indios," no se contentan con estudiar cuáles sean los principales usos y costumbre del indígena; quieren más, su principal ahelo, consiste en tocar y retocar todos los resortes del corazón del indio, ver al través de su alma sus principales sentimientos, y al través de su frente sus connaturales instintos; y á este propósito, observan cuidadosamente á media docena de indígenas, fijándose principalmente en las notas más resaltantes de la manera de ser de los individuos blanco de de sus observaciones, y, hecho esto, proclama el escritor á voz en cuello: "*así es el indio.*"

En nuestra humilde opinión, disertar sobre el indio estarea ardua y penosa; y más que nada



pobres no tienen muñecas y mucho menos tan hermosas!  
No una lágrima, un alubión de lágrimas corrieron de los ojos de la muchacha, como corre el agua de la fuente.

—No....—dijo la rubia con precipitación; es suya, es suya.... yo se al regalo; es día de Reyes. Y tomó la mano de su madre para escapar, el allí. Murmuró algo la señora al oído de la mendiga, y ambos grupos se separaron: el uno sonriendo, el otro... ¡llorando... llorando de alegría!

No vió el alma candorosa y pura de la niña rubia otro día de Reyes; se fué á las regiones de paz y justicia donde se juntan las manos blancas y las negras, los ricos y los pobres, y de unos y otros sólo se premian las buenas acciones. Se fué tal vez por no entristecerse con injusticias humanas, y junto á aquellas flores que crecen en su tumba, al lado del marmol donde está grabado su nombre; nombre querido para una madre; se vé á ésta á su lado, más que de rodillas, aplastada por el dolor, llorando tanto como antes sonreía, y poniendo sus labios junto á la piedra fría que encierra el ser adorado, las ilusiones perdidas, el ideal desvanecido de su vida, el cariño del alma, ¡del alma, de luto como su cuerpo y murmura entre las convulsiones de su dolor; ¡hija! ¡hija mía!...

Entró lentamente la mujer pobre con su hija: ésta, abrazada á su muñeca, pasó sus bracitos por la barandilla que defendía la lápida, y depósito la hermosa señora encima; se sentó en el suelo, y esperó pacientemente, Alzó la dolorida madre la cabeza, y con sollozos que levantaban su pecho, y exclamó.

—¡Pobrecita! ¿Qué haces?

—Se la traigo para que la vea, para que juegue con ella un poquito: y pasado un rato en el cual el silencio solo era interrumpido por el infinito dolor de la madre.

Salió la muchacha abrazada á la muñeca y precedida de la pobre mujer que sonreía tristemente dejando allá en el cementerio á la otra madre que lloraba envuelta por las primeras brumas de la noche.

El viento hacía doblar los tallos de los flores é inclinar las copas de los cipreses que parecían junto con los misteriosos genios de la noche, saludar el infinito dolor de la afligida madre, al mismo tiempo que se elevaba una nubecilla como para depositar su lágrimas en el trono de Dios.

*García del Espinar.*

Manila, 6 Enero. de 1888.

## LOS PUENTES DE GRANDES TRAMOS.

### I

EL arte de la construcción de puentes ha tomado en los últimos cuarenta años un vuelo extraordinario. Desde que la industria metalúrgica ha empezado á producir el hierro forjado y el acero, en las condiciones apetecidas por los Ingenieros, éstos no vacilan ya, y lanzan sus puentes sobre espacios de mucha centenas de metros de longitud, que hubieran parecido absolutamente infranqueables en tiempos anteriores, con los medios de que entonces se disponía.

Creemos por lo tanto que los lectores de LA ESPAÑA ORIENTAL han de acoger con gusto esta breve reseña, que se reducirá á indicar los diversos tipos de puentes metálicos, que se han ido empleando, á medida que la distancia; que se ha tratado de franquear, ha ido en aumento, hasta llegar ésta, en uno muy reciente, á pasar de medio kilómetro.

El gran ingeniero Roberto Stephenson presentó el primero de estos puentes á la admiración del mundo, abriendo una nueva era en la historia de estas construcciones. Jamás se había empleado el hierro forjado en la escala en que este grande hombre lo empleó en el puente Britannia, tendido sobre el estrecho de Menai.

Pertenece este puente al tipo, que se ha convenido en llamar, *tubular*. Se compone de dos grandes tableros horizontales, consolidados por dos *almas* continuas de palastro; con lo que, efectivamente, tiene la apariencia de un tubo de sección rectangular. Cada uno de los tableros se forma asimismo de dos planchas de palastro horizontales, ligadas por otras verticales del mismo material, formado, de este modo, otra serie de tubos, semejantes al principal y paralelos también al eje longitudinal del puente.

Como primer ensayo de una construcción novísima, llamó este puente la atención de los más ilustres ingenieros de la época, siendo causa de grandes estudios (entre los que merecen llamar la atención los de Fairbairn y de Hodgkinson) sobre la resistencia de los materiales empleados.

Según se descubrió por estos estudios, el defecto principal de este puente era su falta de ligereza, pues sus diferentes piezas tiene un exceso de peso, que se ha evitado cuidadosamente en los más modernos del mismo sistema, puesto que no sólo aumenta considerablemente los gastos de construcción, sino que también el esfuerzo que ha de soportar el material.

El puente Britannia comprende cuatro tramos, los dos del medio tienen una longitud de 140 metros, y su peso, por metros de longitud pasa de once toneladas métricas, con lo que corresponde al metal soportar una carga que llega á ser para algunas piezas de ocho kilogramos por milímetro cuadrado.

Posteriormente, y siguiendo el ejemplo dado por los ingenieros norte-americanos, se dispusieron las grandes vigas de sostenimiento de los puentes metálicos, con las *almas* en forma de *celosía*, con lo que se consiguió dar un paso de importancia, en el sentido de la ligereza en unión de la necesaria solidez, pues las piezas, que forman las anchas mallas de estas celosías, pueden ser calculadas con una exactitud extraordinaria y construídas por lo tanto en perfecta relación con los esfuerzos á que han de resistir, y con más razón aún si estas mallas se construyen articuladas (á la americana), en cuyo caso se colocan casi completamente en las condiciones teóricas de los cálculos.

El gran perfeccionamiento en el sistema de puentes sostenidos, es debido al ingeniero Isambard Brunel, el que reconoció la ventaja que reportaría el empleo de vigas de forma parabólica, cuyas ordenadas fuesen determinadas de modo que la altura de la viga fuese en cada punto del tramo proporcional al *momento de flexión*. Así dispuesto el eje de la parábola, resulta vertical, y el vértice situado en el punto medio del tramo.

Esta disposición fué aplicada por vez primera por el citado ingeniero al puente Royal-Alberto, cerca de Saltach, en la bahía de Plymouth. Este puente comprende dos tramos de 138 metros, 68 centímetros de luz, cada uno, y su peso medio por metros longitudinal es de seis y media toneladas, próximamente, á pesar de ser de casi igual longitud que los del puente Britannia.

JUAN MONTERO.

(Se continuará.)

**WOLFE**

SOLA en su apartada celda  
Está la joven novicia  
con el Kempis en las manos  
trás la espera celosía.



Con fervor la niña reza,  
con fervor reza la niña;  
mas de pronto se estremece,  
cae el libro, alza la vista,  
y ve pasar leve sombra  
que revolotea, gira,  
vuelve á pasar, y á lo lejos  
desaparece alegre y viva.

La campana llama al coro  
y al coro baja la niña;  
mas ya no reza ferviente;  
está grave, pensativa;  
y cuanto mas tarde el lecho  
ocupó y quedó dormida,  
soñó, ¡que sueño más raro!  
soñó que era golondrina.

QUIO-QUIAP.

## CARTA CANTA

Sr. Director de LA ESPAÑA ORIENTAL.

SEÑOR mío de mis pecados: Ni yo soy tan malo que merezca en esta vida el castigo de todas mis culpas, ni me remuerde la conciencia de haberle faltado á V. en lo más mínimo, ni mis labios formularon jamás palabra injusta que á V. se refiriera. Lejos de eso, tengo por muchacho formalito y por hombres que antes se dejará aspar que consentir en levantar un falso testimonio á nadie. Sí, pues, le respeto como á mayor en edad, saber y gobierno y de aprecio tanto como puede apreciarse á quien hasta ayer fué compañero en esto que ha dado en llamarse emborronar cuartillas y desde hoy pasa á la categoría de empresario, y por añadidura nunca puy injusto por mis semejantes, ¿por que corresponde V. de tan mala manera á esta sinceridad de afecto, encargándome de la sección crítica en la revista enciclopédica que V. ha fundado?

Créame V., Sr. Director: yo, aunque me esté mal el decirlo, soy un chico de buena pasta, y por natural condición, enemigo de romper lanzas con los que hacen gemir las prensas, bajo el peso de sus ideas, valga el troco pero al mismo tiempo soy incapaz de engañar á nadie y menos al público, diciendo que una cosa ó que una obra es buena cuando en puridad no lo es. Sí, señor; tengo este defecto, y como V. comprenderá defecto es este que ha de ocasionarme muchísimos disgustos, si V. persiste en la malhadada idea de encargarme de esta sección.

Porque mire V.; aún cuando un autor vaya por ahí por las mesas de los cafés y por los casinos y por las redacciones, diciéndole á todo el que tiene la paciencia de escucharle, que agradece y gusta de que le señalen los ripsos de sus obras, las faltas de sentido común y las *sobras* de confianza gramatical, y aunque afirme que la crítica imparcial es provechosa á los intereses del arte, ni el autor cree esta última afirmación, ni mucho menos gusta de que un crítico, marchándose por los cerros de Ubeda, le aconseje que en vez de maltratar á las nueve hermanas, cuide de sus hijos si es casado y tiene descendencia, ó escriba cartitas á la novia si aún está en estado de merecer.

Esta es la verdad pura; nadie se complace en que le canten las verdades, mucho más cuando las verdades amargan. Y no sólo disgusta al autor de un engendro, que un cualquiera, guiado por su fino olfato, le diga que no sirve para el caso y que se marche á escardar cebullinos en otro campo que en el literario, donde nunca ha de recolectar nada que sea de provecho, sino que ofendido en lo más íntimo de su amor propio, echa pestes contra el zascandil, así lo llama él, que se ha permitido dudar del mérito de

la novela, del drama, de la comedia ó de lo que fuere el aborto en que se ocupó para desmenuzarlo y sacarle los defectos á relucir.

Si los autores, ya que pretenden escalar el Parnaso, estuvieran por encima de las rencillas de que somos presa los demás mortales; si fueran buenos chicos é hicieran caso de lo que se les dice con buen fin, aunque nunca con el fin de casarse con alguien y menos con ellos, ¡ah! entonces sería un gusto muy grande, estar de criticar y de poner los puntos sobre las yes; pero, vaya V. á decirle á un *Aramis*, que pr. ej., que es muy soso y muy presumido y que á pesar de que anda buscando las costillas á *Clarín*, echándole á la cara los galicismos en que incurrió el autor de *La Regenta*, éste vale muchísimo más y escribe mucho más correctamente que todos los Bonafoux que Dios, en su infinita clemencia, conciente que anden mordiendo por el mundo; mordiendo, por supuesto, en mal castellano traducido libremente del francés.

Ya V. ve cómo anda el oficio y qué clase de enemigos se crea todo el que en estos tiempos se mete á desfacedor de en tuertos literarios; ya V. ve á lo que se expone, el que prendado del arte por el arte, procura echar á latigazo limpio, del templo de Apolo, á los intrusos que sin permiso del dios ni del diablo traspasan los umbrales de aquel sagrado recinto; ya V. ve el premio que logran por sus trabajos los que, como *Clarín*, ó siguiendo las huellas de *Clarín*, se queman las cejas leyendo y releyendo cuantos documentos literarios aparecen en la madre Patria.

Y si esto acontece y tales lauros alcanzan los que con méritos propios censuran, allá, en España; imagínese V. lo que sucederá al que en estos desiertos con muy buena voluntad; sí, pero con poco fondo; pretenda ocuparse en la crítica, Aquí, donde la suspicacia y quisquillosidad personales alcanzan un punto que raya en lo inverosímil, se hace poco menos que imposible, decir esta boca es mía, cuando la boca ha de abrirse para vomitar sapos y culebras: ó hay que callarse ó de lanzar algo á la publicidad hay que exprimir panales de mieles en los escritos. De otro modo ¡Dios Santo! ya puede V. entretener los ratos de ocio en el ejercicio de las armas, porque cuando menos lo piense, se encontrará con la tarjeta de algun articulista ofendido, que le reta á singular combate. A los que por esto tierra escribimos bien puede aplicárenos aquel dicho de *Clarín*; "todos somos buenos, pero la gramática no parece."

¡Cómo, pues, hemos de ocuparnos en criticar, viviendo en semejantes latitudes! Figúrese V. por un momento, que estos renglones que voy á terminar á vuela pluma por que hace rato obra en mi poder la recordatoria que V. se ha servido dirigirme; figúrese por un momento, r-pito, que estas líneas cayeran bajo la vista de Bonafoux y que éste, descendiendo desde las Olímpicas alturas donde, no por obra de méritos propios sino por gracia de algunos amigos complacientes, se ha colocado, se dignara echar una ojeada por lo que llevo escrito; varía, aunque, el sapientísimo y despreocupadísimo *Aramis*, se encojiése de hombros, algo le atravesaría la superficie de la piel, haciéndole exclamar para su capote:

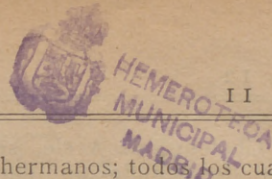
"¿Quién será este mequetrefe que con su baba se atreve á manchar mis inmaculados artículos, mis *humorísticos* puerto riqueños?"

A lo cual pudiera contestársele:

Pués, este mequetrefe, señor mío, es un escritorzuelo tan *ultramarino* como V.; tan *ultramarino* como V. lo es aún, á pesar de su desfachatéz y sangre fría, y á pesar de que se gasta muy buenos pesos en reunir en preciosos volúmenes, modelos de tipografía, los artículos que quincenalmente envía á la prensa de Puerto Rico.

Pués la misma reflexión que yo pongo en boca de *Aramis*, póngala V. en boca de todos lo que en este país se dedican con más ó menos éxito, á la *escritura publica* y tendrá idea aproximada de lo que cada cual pensará





al saber que V. me encarga de la sección crítica. Para evitarnos, pues, dímes y díretes, y siempre en el supuesto de que V. corresponde á la buena amistad que yo le profesó y que no querra, por lo tanto, granjearme antipatías ni malas voluntades entre mis compañeros de tareas periodísticas, haremos una cosa, si á V. le parece:

En vez de ocuparnos en esta sección, en zaherir á Fulano y Perengano, procuraremos tener al corriente á los suscritores á esta Revista, del movimiento bibliográfico que en España en la actualidad se verifica, y en párrafos cortos y breves frases, daremos, siempre que haya mimbres y tiempo, una ligera reseña de las obras dignas de especial mención.

Con el fin de cumplir á conciencia este cometido, prometo leer mucho y convertirme en un ratón *literario* de cuantos libros y periódicos á mi mano lleguen; lo cual no es poco trabajo para un habitante de los trópicos.

Si V. acepta mi idea, Dios se lo premie, y si nó El se lo demande.

Es muy suyo,

R. MERCET.

## CHOLENG

### I

En lo más alto del monte, en un sitio que las brumas coronan casi todo el año; una apacible tarde del mes de Enero nació la Choleng de esta breve historietta.

Cuando su madre, india de la montaña, lanzaba el más fuerte grito de cuantos dió durante el laborioso parto; esto es, cuando Choleng vino al mundo, el sol abrasador del día empezaba á hundir su disco de oro allá á lo lejos, muy lejos rozando casi casi el encorvado borde del mar, en cuya superficie tranquila engendró una gruesa y larga culebra de fuego, llena de chispas, que la hacían semejar á una inmensa faja bordada totalmente de limpios brillantes.

La buena mujer que había hecho de partera; la que recogió en sus manos de piel oscura y rugosa el cuerpo blando y húmedo de la recién-nacida, al ver, por el único ventanillo del *bahay*, que ésta había nacido al mismo tiempo que el sol espiraba, quedóse un momento inmóvil, como si una pesadumbre ó algún mal presagio la hubiese paralizado los miembros. Lloró con ostensible cariño la suave epidermis de la criatura; envolvióla en seguida, y dejándola junto á la madre, dijo en sdn de mando: —“¡La oración!”—Cuantos en el *bahay* había, todos murmuraron algún rezo... Siendo de advertir que hasta allí no llegaban nunca los sonidos que el viento sustrae á la campana, para llevárselos entre sus pliegues invisibles, durante breves instantes, por las inmediaciones de la casa de Dios.

A muy pocos pasos de la choza donde Choleng naciera, y al pié precisamente de un florido salab, la *comadre* hizo con un *bolo* un hoyo de más de media vara de hondo, y en él depositó, envuelta en un papel impreso, la placenta de la recién-nacida:—“Seguro mamará y comerá mucho, porque el hoyo es muy hondo, y seguro también que antes de ser *dalaga*, sabrá leer la *Pasión* y los *corridos*“....—murmuró entre dientes aquella buena mujer.

### II

Los presagios de la *partera*, lejos de resultar ciertos, como ésta había asegurado catorce años antes, resultaron fallidos. Choleng, que era ya una mujer hecha y derecha, una *dalaga* fresca y garrida, no conocía ni la *a* siquiera; y en cuanto á su modo de comer, fué siempre

tan sobria como sus padres y hermanos; todos los cuales, nunca comieron otra cosa—y no siempre con abundancia—que maíz, camotes, mongos, arróz, algunas frutas y *tapa* de venado en muy raras ocasiones.

Choleng era la que más trabajaba de la casa: en tanto que su padre—un indio montaráz, desmadejado, de rostro curtido y pelo greñudo—acariciaba horas y horas, mascando con deleite un *buyo*, su hermoso gallo *talisay*, Choleng *pilaba* mongos, ó palay; cuándo, desgranaba maíz; cuándo, mondaba camotes; y si nada de esto tenía que hacer, que era lo más importante, tejía en su enclenqué telar, ó lavaba la ropa de todos los de la casa, ó se iba por agua cristalina al fecundo manantial que había á no muy larga distancia.

Tenía Choleng cinco ó seis hermanos, varones, y demás edad que ella, ninguno de los cuales hacía gran cosa durante todo el año: de tarde en tarde, sembrar en la reducida porción de terreno que el amo les había cedido; y, cuando llegaba la oportunidad, recojer con marcada indolencia la cosecha, que se había producido sin más agua que la de las nubes, sin otra solicitud que la de esa bienhechora madre de todos, denominada por muchos “Madre Naturaleza.”

### III

Choleng era alta, fornida, de cutis bastante moreno, pero suavísimo como el raso; tenía una abundante mata de pelo; los ojos rasgados, algo melancólicos; la boca pequeña; los dientes iguales, fuertes y blancos como el pedernal; el cuello bien proporcionado; los pechos turgentes y mórbidos; anchas y carnosas las caderas; los brazos y las pantorrillas de curvas esculturales; y las manos y los pies bastante reducidos: era una excelente hembra, codiciada de los pocos solteros que la conocían.

A la manera que muchas preciosas flores, que nacen, se desarrollan y mueren ignoradas; del propio modo Choleng era una fragante rosa de la montaña, de cuya existencia casi nadie tenía noticia. Oía misa una vez al año, cuando la decían en una ermita que había á la falda NE. del monte, á cosa de media legua. El santo Sacrificio parecía algo muy extraño, que no llegaba á comprender, pero que, le imponía; la obligaba á quedarse como arrobada ante el coadjutor oficiante. En la tarde anterior se confesaba; y así, que la única misa que al año oía servíale para recibir llena de recojimiento, la sagrada Forma.

Choleng no había amado nunca, ni tal vez lo deseaba. Dentro de su ser no vivía ningún ideal, ni el de la emancipación siquiera.

Avezada, desde pequeña al trabajo; desconocedora de la emulación; ajena á todo agradable trato de extraños; su vida se deslizaba insensiblemente: en ella no había aspiración; sueños, quizás; pero los olvidaba al minuto de haberse levantado del petate. Tenía, eso sí, noción completa del bien y del mal; ciertas revelaciones del organismo, por ella percibidas en más de una ocasión, fueron bastante para hacerla comprender, desde los once años, algunas de esas manifestaciones de la naturaleza que para otras *dalagas* son un oscuro misterio.

### IV

Era una calurosa mañana del mes de mayo. A la sombra del frondoso salab—cuyas rojizas hojas, por efecto de la luz del sol, parecían mostrarse más insolentes que nunca—Choleng desgranaba maíz, frotando fuertemente una panocha contra otra. Estaba en cuchillas, y la escotada camisa de *sinamay* caíale ahuecada hacia delante.

Hállabase engolfada en su tosca tarea, cuando, creyendo haber oído el ruido de extraños pasos, volvió la cabeza... ¡Era su amo! que se acercaba á ella. “¡Cosa más rara!”... Más de diez meses hacía que el amo no iba al monte á ver su numerosa ganadería de reses vacunas.



Choleng, al verle, se puso en pié; hizo una especie de genuflexión, dando al mismo tiempo á su señor los buenos días.

—“Sigue tú desgranando”—le ordenó con cierta suavidad el amo.

Agachóse Choleng inmediatamente, y continuó su faena. El amo se puso también en cuclillas, á una vara de distancia de “su *aparceira*.” Clavó los ojos en el rostro de la hermosa jóven, dióla un cigarrillo y un *bayo*, de los que Choleng no quiso hacer uso, no se sabe si por vergüenza. ó si fué por no interrumpir su trabajo. que seguía á modo de autómeta, con la mirada en el *bilao*, y el recién llegado dirigió sonriente una mirada de lúbrico hacia el casi descubierto seno de la moza. No permaneció junto á ella mucho tiempo. Levantóse; fuése al *bahay*,—dónde los padres y hermanos de Choleng preparaban muy entusiasmados un mal almuerzo para el amo,—y llamando aparte al matrimonio, les dijo á los esposos:

—Hoy mismo me llevo conmigo á Choleng, de criada.

—¡Señor!...—se atrevieron á murmurar los padres de la infelíz dalaga.

—Nada; lo dicho: os perdono treinta pesos del *utan* que tenéis conmigo; tomar estos veinte pesos de regalo (*entregándolos*), y poner ropa limpia,—si es que la tiene,—á Choleng, que la necesito para que sirva en mi casa, y ahora mismo me la llevo.

—¡Señor!...—refunfuñó la madre.

—¡*Salamat po!*—dijo el padre, guardándose los veinte pesos, en la cintura, en uno de los pliegues del menguado *bahaque* que escasamente le cubría las nalgas y la barriga.

WENCESLAO E. RETANA.

7 de Enero, 1888.

## LAS LÁGRIMAS.

(SEGUIDILLAS.)

NIÑA, guarda tus lágrimas,  
 guarda las, niña,  
 que los ojos abrasan  
 y el alma entibian;  
 pues son las lágrimas  
 esperanzas perdidas  
 de nuestras almas.

Cuando en los desengaños  
 quedan disueltas,  
 dáselas á los ojos  
 para verterlas;  
 así, repara,  
 cuando tus ojos lloran,  
 si sufre tu alma.

J. DE LA PUERTA VIZCAÍNO.

## MESA REVUELTA

A nuestras dignas Autoridades, como asimismo á todos los periódicos españoles, particularmente los que se publican en Filipinas, saluda respetuosamente,

LA REDACCIÓN DE LA ESPAÑA ORIENTAL.

Ignoramos á qué grado de organización haya podido llegar la “Sociedad de Excursionistas, ni quiénes sean los individuos que la constituyen.

De todas suertes, si dicha “Sociedad” es un hecho, y tiene el propósito de hacer estudios, sobre el terreno, en sitios inexplorados ó poco conocidos, suplicámosla que no olvide que hay en esta Redacción quién desearía acompañar á los referidos señores en sus excursiones.

Aparte de este, si nuestro apoyo vale alguna cosa, cuente con él

la Sociedad mencionada; pues que, amantes de todo lo que tienda al mejor conocimiento de este país, aplaudimos con verdadero entusiasmo el pensamiento de los “Excursionistas,” á quienes deseamos mucha fuerza de voluntad, para que realicen felizmente sus laudables ideales.

LA ESPAÑA ORIENTAL dará su opinión acerca de cuantos libros envíen á esta Redacción los Sres. Autores ó Editores, siempre que, de cada se nos remitan dos ejemplares.

Cuando sólo recibamos un ejemplar consignaremos simplemente la noticia de haberlo recibido.

Hemos recibido el ‘Libro segundo, títulos I al XII, con las penalidades de las clases de tropa, escritos en castellano y en los dialectos tagalog y visayo y obligaciones del soldado, de la utilísima obra ‘Código penal del Ejército,’ cuyo autor, el ilustrado Jefe Sr. D. Miguel A. Espina ha tenido la bondad de enviarnos.

La importancia que representa para este Ejército el minucioso trabajo de que damos cuenta, iniciado por el gran interés que inspira al Excmo. Sr. Capitán General de las Islas, promete que ha de reportar gran utilidad á los individuos de la clase de tropa, tanto en el concepto de conocer detalladamente los correctivos que á sus faltas ó delitos correspondan, como en la práctica y enseñanza del idioma castellano.

Una de las personas á quien hemos suplicado con mayor encarecimiento que honrase con sus trabajos las columnas de nuestra Revista, es la distinguida dama cuyo nombre oculta bajo el pseudónimo de “García del Espinar.” Ganosa de complacernos, dicha escritura nos ha remitido el precioso artículo que hoy publicamos, que le agradecemos de todas veras.

Confianza en que todos nos honrarán con el cambio, remitiremos de hoy en adelante á nuestro colegas de Manila y provincias, dos números de LA ESPAÑA ORIENTAL.

Si se nos corresponde de buen grado, quedaremos por ello muy agradecidos.

Como verán nuestros lectores, hoy comenzamos la publicación de “El Indio Batangueño,” Estudio etnográfico que ha merecido los elogios de varias personas ilustradas, tales como los doctores Lacalle y Blumentritt, y que ha sido premiado en la Exposición general de Filipinas celebrada en Madrid últimamente.

Como hemos de responder á lo que consignamos en el Subtítulo de nuestra Revista, excusado nos parece advertir que emitiremos nuestro juicio acerca de los juguetes cómicos, comedias, etc., que en Manila se estrenen y sean originales de los escritores que hoy viven entre nosotros.

Respecto de las funciones que ordinariamente se ponen en escena en los teatros de esta Capital, raras veces daremos cuenta de ellas, pues la noticia, aparte de su escasa importancia, resultará extemporánea casi siempre.

Lo que más nos ha agradado de cuanto hemos visto durante la decena que hoy espira, es la representación de la preciosa zarzuela en dos actos titulada “Las Amazonas del Tormes.”—En general, se hecha de ver que está muy poco ensayada. El único que raya á buena altura, es el reputado actor D. José Carvajal, de cuyas excelentes facultades ha hablado en muchas ocasiones la prensa diaria de Manila. También la señorita Suzara es merecedora de nuestro aplauso.

Está llamando mucha la atención del mundo literario, la nueva versión del magnífico poema de Schiller, “El guante,” debida á la pluma del reputado publicista inglés Sir Theodore Martin.

Rogamos á los Sres. suscritores que no reciban oportunamente el número, ó que dejen de recibirlo, se sirvan notificárnoslo, á fin de remediar la falta y al mismo tiempo, podamos imponer al repartidor olvidadizo, el correctivo correspondiente.

No dudamos que nuestros abonados, nos dispensarán algunas faltas que seguramente han de notar en la Revista y que son casi irremediabiles en todo primer número de cualquier periódico.

TIPO-LITOGRAFIA DE CHOFRE Y COMP. ESCOLTA 33.